



Erasmus Zarzuela

Balada del Manzanares

Del oeste al sur, largas agujas de nubes de dulzón color corinto. Del oeste al norte, el templado azul del atardecer. Al este, las fachadas pálidas, los cavernosos espacios, la fosfórica negrura de la tormenta y de la noche avanzando. Alta, lejana, como una blanca playa, la media luna.

De los campos cercanos llega un aire adelgazado, frío, triste. Los humos de las locomotoras, los humos de la cremación de las hojas secas, los humildes humos de las chabolas de la rivera derecha, empañan la cristalina atardecida. Murciélagos revolando el cauce del río chirrían sus gritos, trapean sus alas. La arboleda es un flotante, neblinoso verde. El Manzanares se tersa y opaca en una larga fibra mate.

Ignacio Aldecoa



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telef. 54855 - 76816
e-mail: oruduende@latinmail.com

Zona Franca Oruro S. A

Augusto Céspedes y la libreta

Dr. Alfonso Gamarra Durana.

Avanza en el remoto camino mientras quiere borrar los recuerdos. Siente que está solo, aunque está acompañado de la tropa en marcha hacia el frente de combate. Ha estado siempre aislado; por eso le gusta reunir palabras y formar frases para que éstas le acompañen. Su curiosidad le obliga a leer incansablemente, a aproximarse a otras personas y colectividades como si fueran libros, para leerlos, para descubrir sus características, observarlos rápidamente, y luego, voltear la hoja.

Ahora quiere acercarse a la guerra, pero está visto que el conflicto bélico no se dejará desprender de su vida, como es su costumbre. Sus palabras escritas son el testimonio de la barbaridad que es desplazar al joven a una naturaleza tropical desconocida, con alimañas escondidas y con la tuberculosis airoosamente presente y sin pedir licencia para contagiar al desprevenido. En los puestos de retaguardia ve la desgracia del soldado que de la camilla pasa a una carpa con un abdomen sangrante, con un brazo hecho trizas, con un suspiro hondo que es el final de la respiración. Huraño casi siempre, reclama a los jefes de las batallas por esos muchachos que tal vez no están bien preparados para el combate o porque la artillería es la brusquedad del sonido para descontrolar los nervios y hacer estallar heridas.

Habla con Toro, Ballivián, Bilbao Rioja, Peñaranda, sin prevenciones. Uno de ellos le dice que su labor es escribir lo que se presenta, que no le puede dar detalles de los planes. Con prudencia intenta, mostrándose muy amistoso, promover algún cambio. Cree que porque piensa podría modificar el curso de los sucesos. Se da cuenta que está cayendo también en la trampa del Presidente civil que, por ser capitán general en los papeles, podía ordenar que los acontecimientos funcionaran favorablemente.

Con el otro comandante va y viene por los fortines. Piensa que lo deplorable es la distancia que hay desde las ciudades hasta esos lugares, y que si él terminó agotado, los conscriptos que recorrieron los caminos sin tregua, cargados de sus equipos, y tuvieron que disponerse a la carrera en el frente, tenían que estar exánimes. Comprende que el argumento básico en las luchas es atacar, y el ataque se compone de municiones para los fusiles y alimentos para los combatientes. Ve que la mácula no está en la línea, sino en el aprovisionamiento ausente.

Muchas semanas después de Boquerón, el «chueco» Céspedes conoce al capitán Germán Busch, que es meritado en las filas del ejército por su talento en la exploración. Busch, joven todavía, pero ya héroe grande. Augusto Céspedes lo contempla y cree que es un modelo de tenacidad. Sus soldados lo quieren porque es un obstinado, pues no quiere descansar tras de una operación para estar nuevamente arremetiendo en las picadas.

Pasa el tiempo y Busch, cuando reconoce al periodista del Chaco, le aprieta la mano con firmeza, mientras que la izquierda saca una libreta de un bolsillo trasero. Las tapas están desgastadas, las hojas se han adelgazado con el tiempo, hasta parece que huele a pólvora. Es su diario de campaña que consta del relato de unos veintitantos días cuando el joven oficial ingresó a la guerra y arribó a Boquerón.

Céspedes agradece la confianza con el corazón, guarda la libreta allá cerca, en su pecho, y la tiene en su poder durante muchos lustros como un tesoro inigualable. Sólo después de más de sesenta años un autor militar publica sus páginas.